

EDITORIAL

Nos hemos acostumbrado, tal vez demasiado, a escuchar que la literatura, el arte, el pensamiento y la ciencia provenientes del mundo clásico grecolatino constituyen la raíz misma de la cultura de Occidente, a la que, quiérase o no, los latinoamericanos estamos de alguna forma incorporados. Tanto lo hemos escuchado, que ha terminado por ser aceptado al modo de esas realidades que nadie pone en duda, y por lo mismo nadie cuestiona, esas verdades que a fuerza de parecer obvias terminan por ser obviadas. Ese prejuicio es factor determinante del actual estado de los estudios clásicos en Venezuela.

Sin embargo, y por fortuna, no siempre fue así. Por el contrario, el cultivo de la tradición clásica en el territorio de lo que hoy llamamos Venezuela comenzó prácticamente con el asentamiento de los primeros centros urbanos y la llegada de sus primeros pobladores. No parece por tanto adecuado considerar que su desarrollo haya sido inferior al que alcanzó en otros grandes centros virreinales, puntales de la cultura colonial en Hispanoamérica como México, Lima o Santo Domingo. Antes bien, el interés evangelizador de la Iglesia, y los recursos y aspiraciones de una burguesía terrateniente colonial, de natural por demás curioso y despierto, hicieron ambiente propicio para la multiplicación de las cátedras y escuelas de latinidad a lo largo de la antigua Capitanía General. Idelfonso Leal, en su *Libros y bibliotecas en Venezuela colonial, 1633-1767* (Caracas, 1979), muestra cómo, después de las hagiografías y los libros de liturgia y de leyes (por demás generalmente escritos en latín), los títulos más frecuentes en las listas de importaciones bibliográficas son aquellos referidos a las obras

maestras de la literatura clásica grecolatina, de Homero a Catulo, de Séneca a Platón, a más de las famosas *Artes de Nebrija*. Por otra parte, sólo entre 1772 y 1782 se fundaron, durante el obispado de Mariano Martí, nueve de estas cátedras de latinidad en La Guaira, Maracaibo, Carora, Trujillo, Guanare, Villa de Cura, San Carlos y Valencia, lo que nos dará una idea de la fuerza de este impulso prometeico.

Uno de los más importantes precedentes de los estudios clásicos en el país constituye la fundación, en 1629, del Colegio de San Francisco Javier de Mérida, regentado por la Compañía de Jesús, y que puede ser considerado como el primer gran colegio venezolano. Allí impartieron cátedra importantes latinistas españoles, italianos y criollos hasta la expulsión de los Jesuitas y la consecuente clausura del colegio en 1767, es decir, durante 139 años ininterrumpidos. En 1785, dieciocho años después, Fray Juan Ramos de Lora fundaba el Colegio Seminario de San Buenaventura de Mérida, germen de la actual Universidad de Los Andes. En sus Actas de Constitución, con fecha del 29 de marzo, el Obispo Lora dispone que haya «*un maestro cuyo oficio ha de ser enseñar la Lengua Latina a los jóvenes (...) y promoviendo con la mayor aplicación y esmero el aprovechamiento de sus discípulos*». Poco más tarde, por Cédula del 20 de marzo de 1789, el Rey concedió el título de Real Seminario a la ya fundada Casa emeritense. Allí se establece formalmente una cátedra de latín que tenía como texto fundamental el *Arte de Nebrija*. Seis años después, en 1795, esta cátedra se dividió en *Menores y Mayores y elocuencia*, forma en que se mantuvo ininterrumpidamente hasta comienzos de este siglo, en el seno de lo que se llamó la Facultad de Ciencias Filosóficas. Todavía hoy es posible acceder a la Sección de Libros Antiguos de la Biblioteca Central «Don Tulio Febres Cordero», y observar con emoción los ejemplares coloniales de Ovidio, de Horacio o Plinio, cuidadosamente subrayados y anotados por aquellos primeros latinistas venezolanos.

Proceso similar de afianzamiento y desarrollo de los estudios grecolatinos siguió el antiguo Seminario de Santa Rosa, antecedente de la Real y Pontificia Universidad de Caracas, fundada en 1725, y sin cuya influencia directa o indirecta es imposible explicar la insospechada cultura de hombres como Bello, Miranda, Roscio y otros tantos prohombres de la emancipación venezolana, Bolívar incluido.

Es así, pues, que la tradición clásica se encuentra, ciertamente, enraizada en lo más profundo de nuestro devenir venezolano, como historia y como cultura y, en el peor de los casos, aun cuando fuera cierto que estos estudios no constituyen la esencia de las humanidades, ni por tanto tienen en sí mismos utilidad alguna, aún así ellos son absolutamente imprescindibles para entender las influencias y orientaciones de los espíritus que fundaron la nación venezolana. Lamentablemente, es esta una razón desconocida para la mayoría de los centros de estudios superiores del país.

Sin embargo, la Universidad de Los Andes, consecuente con una tradición que se remonta a más de dos siglos, cuenta desde hace casi tres décadas con un Departamento de Lenguas y Literaturas Clásicas, la única unidad académica en el país que forma especialistas en filología clásica griega y latina. De igual modo, y más recientemente, un apoyo creciente, tanto de las autoridades de nuestra Facultad como de otras instancias universitarias, atestigua el interés de la Institución por fortalecer los estudios clásicos grecolatinos. En este sentido debemos agradecer, ante todo, la oportunidad que nos brinda la Dirección de Cultura y Extensión, a través de la Revista «Actual» y de su Coordinador, Prof. Lubio Cardozo, de dar a conocer los modestos aportes que en el campo de la Teoría Literaria Clásica, área de especial interés para nuestra Unidad como para el Grupo de Investigaciones de Lenguas y Literaturas Clásicas, hemos alcanzado.

Este volumen cuenta con las colaboraciones del Dr. Francisco Rodríguez Adrados, eminente catedrático de la Universidad Complutense de Madrid, quien hace un estudio de los principales géneros literarios como factor y producto de la democracia ateniense; la Dra. María Elina Miranda, de la Universidad de La Habana, quien busca establecer los lineamientos para una teoría de la comedia en las obras de Aristófanes; la Dra. Ana María González, que revisa el concepto de lo que es un análisis filológico y literario aplicado a los textos clásicos, y el Prof. Juan T. Nápoli, que estudia el *Deus ex machina* en las obras de Eurípides, ambos de la Universidad Nacional de La Plata, Argentina; el Prof. Basilio Tejedor, de la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas, quien disertará sobre las técnicas de la lírica griega arcaica, y el Dr. Jorge Dávila, de la Facultad de Ingeniería de esta Universidad, quien llevó a cabo la traducción del capítulo del Dr. Vernant, catedrático de La Sorbona y eminente filólogo, acerca de la muerte heroica y la belleza en Homero y Simónides. Igualmente, se presentan aquí los aportes de los miembros del Grupo de Investigaciones de Lenguas y Literaturas Clásicas, Prof. Esther Paglialunga, quien hace un estudio sobre el principio de unidad y coherencia en la teoría literaria clásica; Prof. Angel Vilanova, quien estudia los procesos de «contaminatio» y transtextualidad a partir de las comedias de Plauto y Terencio, y Prof. Mariano Nava C., quien estudia la tradición e innovación semántica en ese original postulado poético de Horacio que es la llamada *callida iunctura*. Asimismo, en la sección de las reseñaciones contamos con la participación de los Profs. y Dres. Elizabeth Caballero de Del Sastre, María Cecilia Schamun, Graciela Cristina Zecchin de F., Claudia Fernández, Esther Paglialunga, Mariano Nava C., así como de Simón Noriega O. Queremos expresar nuestro agradecimiento a los colaboradores de otras Universidades por haber atendido nuestra invitación a enriquecer este volumen.

Asimismo reconocemos la gentileza de la Editorial Gallimard, que cedió los derechos de reproducción del texto del Dr. Vernant, perteneciente a un libro editado por esa Casa. Queremos finalmente expresar nuestro especial agradecimiento a la Prof. Esther Paglialunga, compañera, maestra y amiga, entusiasta colaboradora, cuando no promotora, de todas aquellas iniciativas que lleven al crecimiento y consolidación de los estudios clásicos en Venezuela. Ella generosamente colaboró en la elaboración de este volumen.

Prof. Mariano Nava C.
Coordinador de este Número.